

Explotación laboral y calentamiento global en el capitaloceno

Renán Vega Cantor

Publicado en papel en *Revista Cepa*, No. 33, Bogotá, mayo-julio de 2022



“[Existe] un nexo causal entre la búsqueda de mano de obra barata y disciplinada y el crecimiento de CO₂”

Andreas Malm, citado por Noemi Klein, *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima*, Paidós, Barcelona, 2015, p. 110.

El capitalismo es una relación social históricamente constituida en la que los trabajadores desempeñan un papel central, hasta el punto de que sin ellos el capitalismo no podría existir. Si hablamos de capitaloceno es indispensable considerar los nexos entre la explotación acentuada de los trabajadores y el calentamiento global. En los análisis convencionales sobre el cambio climático los trabajadores no existen, lo cual parte del supuesto implícito que los combustibles fósiles brotarían de la nada. Esta premisa es falsa porque el carbón y el petróleo se extraen por la acción de trabajadores y, en ese sentido, son una materialización de relaciones sociales. Esto obliga a considerar el proceso de trabajo, puesto que los “combustibles fósiles requieren trabajo asalariado o forzado [...] como condiciones necesarias para existir”¹. Este es el nexo germinal entre trabajo y calentamiento global, pero las conexiones son múltiples. Al respecto pueden señalarse diversos asuntos, que por espacio solo podemos mencionar: el desempleo que genera el vuelco climático; el papel de actividades en las que laboran millones de seres humanos, tales como la producción de cemento, la ganadería industrial, el transporte marítimo, terrestre y aéreo en la generación de gases de efecto invernadero; el impacto sobre el clima mundial de la industria textil, en donde

predominan formas cuasi esclavistas de trabajo con formas salariales... El nexo es amplio porque no solamente es que esos combustibles fósiles se utilicen y se consuman en el proceso laboral, sino que además están presentes en todas las actividades del mundo actual y atraviesan a todo tipo de trabajos, incluyendo el llamado “trabajo cultural”, un ejemplo que analizamos en la segunda parte de este escrito.

Impactos del calor en el proceso de trabajo

El capitalismo fósil desde el mismo momento de su consolidación en la Inglaterra de la primera mitad del siglo XIX requirió de la concentración de un gran contingente de trabajadores en las nacientes fábricas urbanas, en las cuales se producía con carbón como fuerza energética fundamental que activaba las máquinas de vapor. Ese carbón se traía de las minas inglesas y se llevaba a las ciudades fabriles. Es decir, había un flujo de energía que precisaba de un contingente laboral estacionado en un lugar, la fábrica, donde esa fuerza de trabajo formalmente libre fue sometida a diversos procedimientos de despojo para obligarla a recluirse allí y producir para los capitalistas. Las primeras generaciones de obreros sufrieron en carne propia el impacto original del calentamiento global. Así, para la naciente clase obrera británica la imposición de la economía fósil vino aparejada con el deterioro del entorno en el que trabajaba y vivía. En los sitios de trabajo afrontaba un calor insoportable en lugares inhóspitos y sin ventilación, en jornadas diarias de hasta quince horas, y allí mismo su organismo era afectado por la concentración de gases tóxicos y el humo que desprendían las máquinas a vapor y era frecuente que, por el sobrecalentamiento, se presentaran explosiones en las que morían decenas de trabajadores. Esto enfermaba a los trabajadores de silicosis, tuberculosis, asma, ceguera, diversos tipos de cáncer, anemia... El impacto del trabajo fabril sobre los trabajadores, al soportar el calentamiento directo en el lugar de trabajo, generaba envejecimiento prematuro, insomnio, malformaciones del cuerpo, múltiples enfermedades y la muerte repentina. En cuanto el impacto del calor en las nacientes fábricas, Federico Engels escribía en 1845:

“La atmósfera de las fábricas es habitualmente a la vez caliente y húmeda, más bien más caliente de lo necesario y si la ventilación no es *muy* buena, la atmósfera es muy impura, asfixiante, pobre en oxígeno, plena de polvos y de vapores del aceite de las máquinas que mancha casi por todas partes el suelo; los trabajadores visten poca ropa debido al calor, y se resfriarían automáticamente si cambiara la temperatura de la pieza; pero en ese calor, la menor corriente de aire les parece desagradable, el debilitamiento progresivo que se va apoderando progresivamente de todas las funciones físicas disminuye el calor animal que debe ser entonces mantenido desde el exterior; y por eso el obrero prefiere permanecer en esa atmósfera calurosa de la fábrica, con todas las ventanas cerradas. A ello viene a añadirse el efecto del cambio brusco de temperatura cuando el obrero deja la atmósfera muy calurosa de la fábrica y tropieza con el aire glacial o muy frío y húmedo de puertas afuera, la imposibilidad para el obrero de protegerse bien de la lluvia y de cambiar de ropas cuando éstas se mojan; esos son factores que constantemente provocan resfriados”².

Las transformaciones sociales y ambientales se sentían también en el espacio exterior de la fábrica, porque las ciudades industriales (a la cabeza de las cuales estaba Manchester, denominada Algodonopolis) eran sucias, contaminadas y daban origen a microclimas artificialmente cálidos. Los ríos que las atravesaban estaban llenos de inmundicias. Los trabajadores vivían en covachas insalubres, antihigiénicas y sin agua potable. Mientras tanto, y como una clara segmentación espacial de clase, los capitalistas vivían en barrios retirados de la ciudad, a donde se refugiaban para huir de la suciedad, la contaminación y la miseria que producían sus fábricas.

La localización de los barrios obreros formaba parte de un proyecto urbano, en el cual se configuró una segmentación socioespacial con la finalidad de separar los lugares de trabajo y de residencia de los obreros, con respecto a los sitios donde habitan la clase media y la alta burguesía. Así, los barrios obreros se ubicaban en la ciudad sucia y abandonada. La segmentación espacial se sustentaba en una lógica de clase implacable: que la contaminación afectara a los trabajadores en forma directa, puesto que el humo llegaba a los barrios obreros, pero no alcanzaba a los lugares donde habitara la burguesía. El trazado urbano donde se ubicaban los barrios obreros era caótico, con unas casas encima de otras, y no existía un sistema de cañerías ni lugares para depositar la basura. Para completar, allí se construyeron unas viviendas estrechas y sin ventilación.

Esto fue resultado directo de una estrategia que buscaba obtener la mayor ganancia posible, a costa del abandono de los trabajadores y todo aquello relacionado con sus condiciones de reproducción (vivienda, alimento, vestuario, salud, sueño...), con lo que se les reducía a un estado de animalidad.

Las condiciones que soportaron las primeras generaciones de trabajadores de Inglaterra como resultado directo del calentamiento que produce la utilización de combustibles fósiles ahora se han expandido por el mundo entero. En estos momentos en China, el nuevo taller del mundo, India, Bangladesh, Camboya, Centroamérica, México, Brasil...se ha generalizado el capitalismo fósil, que requiere como en el naciente caso inglés, de la combinación de una explotación intensiva de los seres humanos con la utilización de petróleo y carbón, cuyo uso es el factor principal que explica el aumento de temperaturas en todo el planeta.



Los millones de trabajadores (varones adultos, niños, mujeres...) de los “nuevos países industrializados” son los primeros que soportan el calentamiento global, en este caso a nivel micro y local, puesto que se siente en los lugares en donde laboran y viven. Al respecto pueden mencionarse algunas imágenes, tomadas entre miles, sobre las fábricas de la muerte y las ciudades hiperdegradadas. Las fábricas, con características similares al Manchester decimonónico, existen, están dispersas en diversos lugares del mundo, luego de que se trasladaron de Europa y Estados Unidos a otros lares. Las ciudades, si es que se puede llamar así a una agrupación caótica de chabolas entre alcantarillas y pantanos fétidos, similares a la Manchester de hace 175 años, florecen como hongos en invierno.

Sobre la persistencia de las fábricas satánicas, asoladas por el calor, pueden citarse algunos fragmentos contemporáneos de diversos espacios geográficos. Por ejemplo, en Firozabad, la capital de cristal de la India, con una población de 350 mil habitantes, unos 50 mil niños producen apreciadas pulseras de cristal, muy apetecidas por las mujeres de ese país y del exterior. Se producen en estas condiciones:

“Los niños realizan todo tipo de trabajos. Transportan el vidrio derretido en una larga barra de hierro, situada apenas a medio metro de sus cuerpos; retiran el vidrio derretido de los hornos, que se encuentran a una temperatura de entre 1.500 y 1.800 grados centígrados, mientras ponen en peligro sus cortos brazos que casi tocan el horno; acoplan y recuecen las argollas de vidrio, cerca de una pequeña llama de keroseno, en una habitación que casi no tiene ventilación para evitar que un simple soplo de aire pueda apagar la llama. El suelo de la factoría está sembrado de trozos de vidrio y los niños faenan arriba y abajo transportando el ardiente vidrio derretido sin zapatos que protejan sus pies. Hay cables eléctricos al descubierto colgando por todas partes porque los dueños de la factoría no se han molestado en instalar cables aislantes”³.

Y lo mismo acontece con el trabajo de adultos, como se muestra en las fábricas de las multinacionales que funcionan en China, en aquellas donde se producen los más sofisticados artefactos microelectrónicos. Una de esas empresas es Foxconn, ligada a Apple, con una plantilla de 1.4 millones de trabajadores. En esta gigantesca fábrica se explota intensivamente a hombres y mujeres. Un obrero describe el régimen laboral al que está sometido:

“No hay horario de trabajo fijo. Una jornada de trabajo de doce horas es el mínimo. Nos hacen trabajar a toda prisa y sin parar treinta horas seguidas o más. De día y de noche [...] el turno más largo ha sido de cuarenta horas sin parar [...] Es agotador porque tenemos que estar todo el tiempo de pie para alistar el denim. Siempre nos duelen las piernas. En el suelo del taller no hay lugar para sentarse. Las máquinas no paran durante la pausa del mediodía. Un grupo de tres trabajadores se turna para comer uno por vez [...]. Una gruesa capa de polvo cubre el suelo. El cuerpo se nos pone negro de tanto trabajar allí dentro día y de noche. Cuando salgo del trabajo y escupo, escupo saliva negra”⁴.

En cuanto a las ciudades se refiere existen miles en el mundo que, desde el punto de vista sanitario, son “poco más que cloacas atascadas y rezumantes” en las que “La intimidad constante con la basura del vecino es una de las fronteras más claras de la división social. Al igual que la habitual presencia de parásitos en el cuerpo de los pobres, vivir en medio de la mierda, como bien sabía la burguesía victoriana, delimita realmente la existencia de dos humanidades”⁵.

Mencionemos un solo ejemplo de una ciudad de reciente industrialización y que soporta condiciones similares a las de Manchester en el siglo XIX, Ningbo, en la costa este de China:

“Prácticamente todos los hogares de los migrantes en los dos pueblos urbanos ocupan una sola habitación. En la mayoría, dos o tres personas comparten una habitación que tiene entre 10 y 20 metros cuadrados. La media es de 2.53 personas por habitación, y el espacio medio per cápita es de 6.76 metros cuadrados [...]. Aparte de las atestadas viviendas hay una grave escasez de instalaciones sanitarias. La mayoría de las casas no están conectadas a la red de alcantarillas y las instalaciones de los excusados son muy deficientes. Los casi 5000 migrantes que residen en Changfeng solo tienen acceso a seis letrinas con treinta y cuatro retretes, los 2.000 migrantes de Jinjiao solo tienen dos letrinas con diecisiete retretes. [...] Casi la mitad de los migrantes tiene que hacer cola para ir al baño durante 10 o 20 minutos en las horas punta de la mañana, otro 35 por ciento esperan entre cinco y diez minutos”⁶.

Lo que debe resaltarse es que esto se presenta en los lugares que producen las mercancías que se consumen en el capitalismo mundial. Allí se consumen esas mercancías, pero no se pregunta de dónde vienen y cómo se han producido. Aunque de los nexos entre producción y consumo no haya consciencia, lo cierto es que la precarización de las condiciones laborales y existenciales de los trabajadores es la fuente de acumulación de capital por parte de una minoría mundial y esa es la raíz fundamental del calentamiento global. En resumen: “Ríos más limpios para los quienes viven a lo grande, pestilentes cloacas allí donde la gente no tiene dinero; el desigual intercambio ecológico lo hace posible. [...] El cielo azul sobre los centros de

consumo de este mundo se debe en mayor medida a la externalización de los costes ecológicos a las periferias de esos centros”⁷.

Es necesario hacer una aclaración sobre las estadísticas de gases de efecto invernadero y su procedencia. A menudo se señala que China se encuentra a la cabeza de los países más contaminantes y que produce CO₂ y otros gases de calentamiento global. Esta afirmación oculta la realidad de fondo, en la cual China es el principal centro de producción mundial, pero esa producción se consume en el resto del mundo, principalmente en Estados Unidos y en los países de Europa occidental. Esto es pertinente enfatizarlo porque indica que este modelo exportador chino genera productos que benefician a las principales multinacionales, propiedad de capital estadounidense o europeo, y ese proceso es generador de calentamiento global. De esta manera, que todo sea chino, como se dice popularmente en los baratillos de cualquier calle en el mundo entero, no significa que China en forma exclusiva sea la generadora de gases de efecto invernadero. Ese es un proceso de intermediación, dado que se ha descentralizado la producción para imponer en el sur del mundo la precarización laboral y la contaminación, a la par que las mercancías que se producen y transportan a través de los gigantescos barcos de contenedores, consumen combustibles fósiles a gran escala. “Así que, aunque nuestra ropa, nuestra electrónica de consumo y nuestros muebles estuvieran hechos en China, lo cierto es que el modelo económico estaba hecho principalmente en los Estados Unidos de América”⁸.

Otro asunto que debe considerarse radica en el impacto negativo que tiene el calentamiento global en las actividades laborales o, más exactamente, la reducción de la productividad. Mientras que tanto se habla de las virtudes de la revolución informática, lo cierto del caso es que no se ha manifestado en el aumento de la productividad, y la razón básica estriba en que esos efectos pretendidamente positivos han sido contrarrestados por el calentamiento global. Esto es incluso elemental, como lo sabe cualquier persona que trabaja bajo un sol abrazador o en una oficina en la que no hay ventilación. Un solo día de trabajo en esas condiciones es agotador. Si trasladamos estas experiencias individuales al plano macroeconómico y las multiplicamos por millones de seres humanos nos encontramos con un estancamiento y descenso de la productividad. Todo esto indica que el trastorno climático es “una crisis envolvente, que afecta a todos y cada uno de los aspectos de nuestro modo de vida hoy por hoy en el planeta”⁹. Por supuesto, el sufrimiento o los eventuales beneficios que originen el calor entre los habitantes y trabajadores en un territorio determinado es desigual: las zonas más calurosas del mundo son las que ya más padecen el calentamiento global, como India o Pakistán. Incluso, en algunas regiones de los Estados Unidos se calcula que por el aumento de la temperatura se van a reducir los ingresos hasta en un 20 por ciento.



El trabajo cultural

En la actualidad se difunde la propaganda que las tecnologías de la información son la expresión de la pretendida emergencia de una sociedad “posmaterial”, de “servicios”, en la cual el trabajo es cada vez menos importante, los trabajadores que se desempeñan en esas actividades ya no soportarían la explotación, sino que serían una nueva clase media de prósperos emprendedores y creadores (algunos la llaman la “clase creativa”) y, para completar la dicha, esas tecnologías no serían contaminantes y contribuirían a apaciguar el calentamiento global. Como una cosa es la propaganda y otra la dura realidad, vamos a analizar en este parágrafo la manera cómo se combinan la explotación de los trabajadores culturales o cognitivos y las modificaciones climáticas.

Para iniciar, mencionemos a manera de ejemplo sobre el supuesto carácter revolucionario de la informática no faltan quienes afirman que el teléfono celular, incluso antes de que se generalizara el smartphone, garantizaría la eliminación plena de desechos, porque no se usa papel, y sería el medio adecuado para terminar con la corrupción y la pobreza. Estos mismos apologistas del teléfono celular sostienen que “África está en medio de una revolución tecnológica y nada ilustra este hecho [mas] que la proliferación de los teléfonos móviles”, a pesar de que sea más la cantidad de africanos que “tienen acceso a teléfonos móviles que al agua potable limpia”¹⁰. El mundo del trabajo cultural y cognitivo sería aquel en el que trabajadores y consumidores vivirían en una armonía plena disfrutando de lo que hacen, en beneficio mutuo, sin explotación y sin ningún tipo de fricciones y con cero emisiones de carbono.

Más allá de este cuento de hadas, la realidad es completamente diferente. En términos laborales la situación de los trabajadores culturales no es diferente a las del sector de la manufactura y al trabajo material y manual más convencional. Estos trabajadores cognitivos

que se desempeñan en diversas actividades están sometidos a los mismos procesos de precarización y explotación de otros sectores: largas jornadas de trabajo, malos salarios, sin seguridad social, sin empleo fijo. Claro, en ese sector hay una segmentación entre una minoría de exitosos y la amplia mayoría de “perdedores”. Un ejemplo simple lo confirma: “Durante la filmación de la película *The Mexican* (La Mexicana) en San Luis Potosí, México, se habló mucho de los diez mil dólares invertidos para obtener agua de manantial para Brad Pitt y Julia Roberts, cuyos salarios ascendían a los 40 millones de dólares. Los de los trabajadores mexicanos de la construcción empleados por la producción alcanzaban 12 dólares diarios”¹¹.

La gran mayoría de los trabajadores que labora en la informática y sectores similares o que, a raíz de la pandemia de la Covid-19, se han visto absorbidos por el teletrabajo (docencia, trabajos de oficina, diseño...) soportan la precarización y la explotación, como el resto de los trabajadores. Jornadas extenuantes e interminables, sin noches ni fines de semana, pegados a los smartphones, tabletas y computadores, con un redoblado control y vigilancia en el proceso de trabajo, sin sueldo de ninguna especie en muchos casos, con contratos basura o de cero horas como los del sistema Uber son la dura realidad del trabajo cultural. Aún más, detrás de ese trabajo cultural aparentemente benigno y creativo se esconde un trabajo manual duro, sometido a las peores formas de explotación, como sucede en los lugares donde se producen los computadores y celulares.

Y las cosas son más espeluznantes si se recuerda que para que funcione el mundo informático se precisan de gran cantidad de personas que trabajan en forma precarizada. Así, la moderación del contenido de Facebook y Google la realizan 100 mil trabajadores en Filipinas que se dedican a hacer búsquedas de contenido de medios de información y de almacenarlas en la nube. Asimismo, en la India miles de trabajadores intelectuales laboran en las “semigranjas” digitales con salarios de hambre de día y de noche, sentados frente a un computador, para realizar la extraordinaria labor de apretar el botón de “me gusta” en las páginas donde se solicita a los visitantes que digan si les gusta o no la información que les han suministrado¹².

Incluso, la precariedad y explotación que caracteriza al trabajo cultural es tan notoria que el capitalismo lo asume como un modelo digno de imitar y de imponer en todo el mundo laboral: trabajadores sin sueldo, sin lugar de trabajo, listos a producir en cualquier momento cuando lo dispongan los dueños del negocio, donde todo el riesgo lo asumen ellos y el capitalismo disfruta de una flexibilización absoluta, con cero compromisos laborales. Por ello: “Si hay algo en común entre los artistas y los trabajadores de la tecnología, es que ambas son parte de una fuerza de trabajo cada vez más precaria que trabaja bajo la apariencia de la “creatividad”¹³.

Pero salgamos del ámbito laboral y examinemos el impacto ambiental y los efectos sobre el calentamiento global del trabajo cultural.

Para empezar, se supone que utilizar computadores y tecnología informática no genera ningún tipo de contaminación, sencillamente porque como las apariencias engañan, no vemos, como en las industrias clásicas, el humo negro de las chimeneas por ninguna parte. Esto ha llevado a ciertos despistados, como el Consejo Australiano para las Humanidades, las Artes y las Ciencias Sociales, a decir que vivimos en un mundo “poschimenea”, en donde las labores informáticas no generarían residuos ni utilizarían carbono sino códigos virtuales¹⁴.



La realidad nada tiene que ver con esas especulaciones, porque el trabajo informático es uno de los sectores que más está calentando el planeta y eso se da en los más diversos niveles. En términos de consumo de electricidad está establecido el incremento exponencial por el uso de computadores y cachivaches microelectrónicos. Así las cosas, el uso compulsivo del smartphone, el enchufado obsesivo a wifi -por el miedo a quedarse sin datos- ha disparado el consumo de electricidad.

Con relación al trabajo cultural de las grandes vedettes del espectáculo y de la virtualidad, como Bill Gates y compañía, se destaca el incremento de los viajes aéreos como parte del turismo académico o artístico, lo cual calienta el planeta en forma directa. Recuérdese al respecto que “cada billete de avión de ida y vuelta entre Nueva York y Londres le cuesta al Ártico tres metros cuadrados de hielo”¹⁵.

A eso hay que agregar que los dispositivos microelectrónicos se construyen con materiales muy tóxicos, entre ellos metales pesados (plomo, cobalto, mercurio, cadmio, cobre...), que luego regresan al medio ambiente en forma de desechos. Y cuando son inservibles se devuelven como desechos al Sur del mundo, para contaminar a niños, hombres y mujeres que, en China, India, Bangladesh, México, Brasil... reciclan computadores y televisores. Este es un claro ejemplo de lo que es el clasismo ambiental: se disfrutan los productos microelectrónicos en el Norte y por las clases dominantes y medias en el Sur y luego regresan los desechos a los pobres del sur del mundo. Solo el Estado de California, en Estados Unidos, exportó en 2006 a siete países un millón de toneladas de desechos electrónicos.

Por ello, “El phone que usamos para vincularnos con otros o la tableta que usamos para leer las noticias es parte de un ciclo que afecta la naturaleza y produce consecuencias para muchos de los seres humanos que contribuyen a crear estos artefactos. El debate debe trascender la explotación y los salarios miserables en las maquilas y ensambladoras y visibilizar también los efectos sobre la salud de los trabajadores, pero, sobre todo, del planeta”¹⁶.



Cierre

Explotación laboral y calentamiento global en el capitaloceno son dos elementos estrechamente vinculados, con un sinnúmero de derivaciones en la vida cotidiana de los trabajadores, entre otros muchos aspectos que ameritan ser analizados. En este ensayo solo hemos considerado dos cuestiones: una la referida a los efectos directos e inmediatos del calentamiento global en el proceso de trabajo que están relacionados con el surgimiento y expansión del capitalismo fósil desde mediados del siglo XIX en Inglaterra. Lo que allí se produjo, luego se generalizó al resto del mundo, con idénticas consecuencias sociales y ambientales, siendo la consecuencia directa las modificaciones de temperatura en los sitios de trabajo. En este sentido, puede concluirse que quienes primero viven el calentamiento global a nivel micro son los trabajadores y quienes primero lo sufrieron fueron los trabajadores de las minas de carbón, quienes extraían la energía que iba a calentar el mundo, por el interés de la naciente burguesía industrial en obtener grandes ganancias y acumular capital fósil.

Un segundo aspecto que se considera, a manera de ejemplo, es el del trabajo cultural o cognitivo, dado que sobre el mismo existe una mitología poco crítica que lo vincula a la ausencia de explotación y, además, sostiene que las industrias culturales, ligadas de alguna forma a la digitalización, no son contaminantes, generan cero emisiones, están libres de los efectos nocivos de la industria con chimenea. Esta es una falacia, porque tras las apariencias lo que se esconde es una realidad sórdida de precarización laboral y de explotación intensificada de los trabajadores al mismo tiempo que esas industrias culturales son generadoras de tantos gases de efecto invernadero como los sectores manufactureros tradicionales.

En síntesis, para entender el capitaloceno se precisa vincular analíticamente la explotación de los trabajadores con el aumento de la temperatura a nivel mundial.

NOTAS

1. Andreas Malm, *Capital fósil. El auge del vapor y las raíces del calentamiento global*, Capitán Swing, Madrid, 2020, p. 40.
2. Federico Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Marxists.org, 2019, pp. 227-228.
3. Unicef, *Estado mundial de la infancia. Trabajo infantil*, Ginebra 1998, p. 37.
4. Ching Kwan Lee, *Against the law: Labor Protests in China's Rulbelt and Sunbelt*, Berkeley, 2007, p. 235. Citado en Tristram Hunt, *El gentleman comunista. La vida revolucionaria de Friedrich Engels*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2011, p. 365.
5. Mike Davis, *Planeta de ciudades miseria*, Editorial Foca, Madrid, 2007, pp. 184-186.
6. Citado en Jan Breman, *Fuerza de trabajo paria en Asia*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2015, p. 257.
7. Stephan Lessenich, *La sociedad de la externalización*, Editorial Herder, Barcelona, 2019, p. 106.
8. Noemi Klein, *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima*, Paidós, Barcelona, 2015, p. 111.
9. David Wallace-Wells, *El planeta inhospito. La vida despues del calentamiento*, Debate, Bogotá, 2019, p. 139.
10. Citado en Toby Miller, *El trabajo cultural*, Gedisa, Barcelona, 2018, p. 35.
11. *Ibid.*, p. 41.
12. Nick Srnicek, *Capitalismo de plataformas*, Caja Negra Editora, Buenos Aires, 2018, p. 85; Josep Burgava, *La manada digital. Feudalismo hipertecnológico en una democracia sin ciudadanos*, El Viejo Topo, Barcelona, 2021, pp. 263-264
13. *Ibid.*, p. 151.
14. *Ibid.*, p. 60.
15. D. Wallace-Wells, *op. cit.*, p. 138.
16. T. Miller, *op. cit.*, p. 170.